

GAMUSINO

Juan Carlos Cámara

Es mi primer día de caza y no estoy para nada ilusionado. Estreno, regalo de mi padre por mis dieciocho años recién cumplidos un Browning automático Bar Zenith Wood HC, calibre 30.06 con visor Zeiss Duralyt y retícula iluminada 1.2-5 36 con montura. Los que saben de esto, dicen que es el mejor rifle para principiantes. A mí, la verdad, me da igual.

El paisaje que me rodea sí me gusta. Da sentido a lo que acabo de hacer. Las copas de los arboles, se ven engullidas por un cielo uniforme, pintado de gris plateado. Algún rayo de sol intenta atravesarlo, pero es rápidamente conminado a desistir. Por el suelo, entre los arbustos, reptan cientos de serpientes apenas blancas, formadas por miles de gotitas de agua condensadas. Sinuosas, se enredan y se encaraman por los troncos de pinos y encinas.

Hace nada, apenas un segundo, he apretado el gatillo por primera vez. No me atrevo a decir que me haya sentido liberado, ha transcurrido muy poco tiempo. Frente a mí está, con los ojos como un búho, mi padre. Sorprendido. Asombrado. Cazado. Aún no comprende que ya no está en este mundo. Ha pasado muy poco tiempo. Apenas un segundo. Ni siquiera es consciente de la caverna que le he abierto en el pecho al dispararle a bocajarro con mi 30.06. Regalo suyo. -*“Ten hijos para esto”*- podría estar pensando, pero no creo. Ha pasado muy poco tiempo. Apenas un segundo. Es curioso cómo pasa el tiempo cuando uno tiene el poder de controlarlo. Un segundo. Apenas nada y sin embargo mucho. Si mi padre me hubiese preguntado alguna vez qué sabía yo del tiempo, le habría contestado en algo más que un segundo. Le habría explicado, que un segundo, según la definición del Sistema Internacional de Unidades, es igual a 9.192.631.770 periodos de radiación correspondientes a la transición entre los dos niveles hiperfinos del estado fundamental del isótopo 133 de un átomo de Cesio a OK. La explicación habría caído en

saco roto, igual que caen las perdices abatidas en el zurrón de mi padre, porque a mi padre no le interesa el tiempo ni nada. Ni yo.

Un segundo, puede estirarse mucho en el tiempo. Lo acabo de comprobar, porque mientras he apretado el gatillo y he abierto las puertas del infierno liberando la fuerza demoníaca que ha arrasado los pulmones y el corazón de mi padre, he tenido tiempo de ver ante mí, en tiempo real, el origen de mi rabia cinagética. A mi alrededor he visto momentos concretos. Retazos de mi niñez. Retablos en los que me veo de chiquillo en los bares que frecuenta mi padre. Me reconozco, tímido. Apenas tirando de la pernera de su pantalón para llevarle a casa, -“*que ya son horas*”-, me ha dicho mi madre (a ella si le interesa el tiempo). Los ojos me lloran por el humo del tabaco que escupen los puros de los machos alfa, paletos e ignorantes, que escuchan entre grandes risotadas las bravatas de mi padre en sus lances de caza. Años después le acompañaré yo en mi primer lance. Apenas un segundo. Mi padre, para regocijo de sus amigotes, va a todas partes con sus cojones. Según él, el acero de Llodio se extrae de una veta escrotal localizada en su entrepierna. Todo son cojones. Todos se descojonan. Y yo, allí, hasta los cojones, que no son de acero, pero son mis cojones. Me veo saliendo del bar con mi padre y sus “seguidores”. Eructan machismo y arrogancia. El alcohol les da una pátina rojiza, que brilla con la mezcla de sudor y anís. Mi padre me lleva a hombros haciendo zigzag por el camino embarrado que lleva a la dehesa. Al ritmo del “vino que tiene Asunción” y otros temas del hit parade de los “escopeteros garrulos”, nos reciben las primeras encinas con la negrura de la noche por abrigo. Hace frío. Mi padre me deja en el suelo junto a unos arbustos. Entonces no soy consciente, pero formo parte de una especie de ritual de iniciación cuyo fin es hacerme un hombre. Aún me da miedo la oscuridad. Todos interrumpen sus risotadas húmedas y babosas. Mi padre me empuja con una suavidad inusual a los arbustos.

Tras su aliento alcoholizado, llegan sus palabras apenas susurradas -“*Ahí hay un gamusino... Cógelo*”- Yo le miro. Me hace un gesto para que meta la mano entre los arbustos. -“*Vamos, no seas cagueta, cojones...*”- Me decido. Meto la mano. Tiemblo y no es por el frío. Todos me miran; yo no los veo, pero están aguantando la risa. Toco algo. Mis dedos parecen

ablandarse. Es algo blando... -“¿los gamusinos tendrán el pelo como las ginetas?”- me pregunto. Pero no, no es pelo lo que toco; es mierda. Mierda de jabalí, como puedo comprobar al sacar la mano de los arbustos. El olor, me salta de los dedos a la nariz.

El silencio se rompe con las risas de mi padre y compañía. Yo no sé que hacer. El escándalo habrá despertado, seguro, a más de un habitante de la dehesa, ginetas incluidas. Me miran y me señalan. Se ríen en mi cara de niño. De mis piernas de niño. De mis brazos de niño. No siento nada que confirme mi conversión de niño a hombre. No siento frío. Ya sólo siento odio. Mientras soporto al coro del escarnio, cojo mi odio y lo escondo en un lugar especial de mi cerebro, para cuando llegue el momento. En apenas un segundo.

A mi padre le fallan las rodillas, y mientras se derrumba sobre el charco de sangre que ha brotado de su pecho de macho alfa, me parece ver que sus labios se mueven. Seguro que quiere decirme algo del tipo -“hijo de puta”- o -“tiene cojones...”- que sería muy suyo. Pero de su boca únicamente salen gotas de saliva ensangrentadas y más pronto que tarde da con sus huesos en la tierra embarrada y humedecida por la sangre. En apenas un segundo. Del cañón de mi Browning, regalo de mi padre, aún sale un humo blanquecino y liberador. El olor a pólvora es como un bálsamo que me relaja. Miro al cielo. Un par de rayos de sol, han conseguido colarse por la frontera nebulosa y plomiza, señalando el lugar donde mi padre parece adorar al astro rey, arrodillado e inclinado hasta meter la cabeza en el barro carmesí. Algo llama mi atención. Un arbusto se mueve. Se detiene. Se vuelve a mover, y en una mini estampida, se muestra de un salto un extraño animalillo. Me mira y con otro salto, se pierde en las tripas de otro arbusto. En apenas un segundo. Apenas lo he visto, pero estoy seguro de que es una especie extraña. Tal vez desconocida. -“tal vez sea... no puedo razonar...”-

Necesitaría algo más de un segundo, pero la bala del 30.06 del Browning, regalo de mi padre, ha salido por el cañón que me he metido en la boca y se abre paso astillándome el cráneo, dispuesto a cobrarse mis neuronas.

Hubiera necesitado algo más de un segundo.

